

ESTAS VISTAS

DEL TEMPLO DE AFRICA

SAN PABLO PREDICANDO EN ARENAS.

LOS CARTONES DE RAFAEL.



BELLAS ARTES.

LOS CARTONES DE RAFAEL.

S. PABLO PREDICANDO EN ATENAS.

UNA de las grandes excelencias de Rafael, era la feliz disposición que daba á sus cuadros, presentando cada asunto en el punto mas claro de vista. Poderoso como era el genio de Miguel Angelo en la invencion de grupos separados, era sin embargo inferior á Rafael en el manejo de una composicion grande, y la misma observacion puede hacerse sin escepcion á todos los maestros de la escuela romana. Los pintores venecianos, con la sola escepcion de Tiziano, sacrificaron sin escrúpulo el sentimiento, la propiedad y carácter, al deseo de deslumbrar la vista con su colorido. Esta especie de compensacion nos hace mas capaces de apreciar debidamente la excelencia de Rafael, cuyas composiciones nos presentan las combinaciones mas ricas y pintorescas, sin sacrificar jamás las cualidades mas altas del arte á las que están consideradas como superficiales. Un bello ejemplo de esta excelencia es el carton de *S. Pablo predicando en Atenas*, que representa el grabado que hemos escogido para este número. Mirando esta obra como una mera composicion de líneas, y sin observar su expresion, es un ejemplo muy notable de distribucion la mas estudiada y hermosa; pero considerada con respecto al carácter, expresion y representacion del asunto, nos inclinamos á creer que esta obra merece el primer lugar entre las producciones del genio de Rafael.

Habiéndose S. Pablo en Atenas, fue desafiado por los filósofos de aquella ilustre ciudad á hacer una declaracion pública de sus doctrinas en la célebre aula del Areopago; tanto habia confundido á los sabios de la Grecia la pureza del evangelio de Jesus. El apóstol entró en un templo de la gentilidad, y habiendo subido por las gradas al lugar mas conspicuo, habló así á sus oyentes: "Varones atenienses, en todas las cosas os veo como muy superficiosos. Porque pasando y viendo vuestros simulacros, hallé tambien un ara en que estaba escrito Al Dios no conocido. Aquel, pues, que vosotros adorais sin conocerle, ese es el que yo os anuncio."

El efecto que produjo en el auditorio aquel solemne exordio, fué tal como pudiera esperarse de la promulgacion de una doctrina tan nueva y tan importante. Las personas que rodean al apóstol, no deben considerarse como una asamblea promiscua de individuos; no habiendo duda en que el intento del pintor fue personificar en cada figura una clase ó secta de la filosofía griega, lo que fácilmente puede distinguirse en la actitud y semblante de cada individuo. Por una parte se representa al cínic en profunda meditacion, buscando argumentos y dudas que oponer: el estoico por otra apoyado en su báculo, expresa en su semblante insolente una incredulidad ostinada; mientras que los discipulos de Platon, sin dar una entera fé á los misterios anunciados por el apóstol, parecen estar complacidos con la hermosura y sublimidad de una doctrina semejante en muchos respectos á la suya, y por tanto escuchan con gustosa atencion. A otro lado se deja ver un grupo de disputadores, sofistas é impugnadores de toda religion, embriados en una discusion vehemente, mas por mostrar su sutileza, que por dilucidar la verdad, ó por declarar su

convencimiento. En el fondo del cuadro, y á una distancia considerable, se distinguen dos rabis ó doctores judios, los que habiendo oido el discurso, vuelven las espaldas al misionero evangélico, mostrando así su desprecio al anuncio del cumplimiento de las profecías. La figura de San Pablo llama la vista del espectador á la primera ojeada del carton, habiéndole comunicado el artista todas las circunstancias que pueden contribuir á la dignidad de la persona, y á la importancia de su oficio.

Aunque el exterior del apóstol, segun él mismo confiesa, no era magestuoso, Rafael creyó que era debido darle una apariencia correspondiente á lo sagrado de su carácter, sabiendo que la pintura no puede expresar toda la significacion intencada, sino por medio de la forma. Está representado en pie al frente en un lugar elevado y á una distancia considerable del auditorio. En su accion están unidas la serenidad y la enerjía, cualidades tan raras en un orador como incompatibles en su delineacion; simple y magestuosa, y con todo inflamada con un entusiasmo divino; y á su vista no podemos dejar de formar la idea de que está vertiendo por la boca un torrente de elocuencia irresistible. El efecto inmediato de su discurso, y el triunfo eventual de su doctrina, está suficientemente insinuado por la conversion de Damaris y de Dionisio el areopagita, las dos primeras personas en el cuadro, los que parecen anunciar con miradas y gestos apasionados, su sincero convencimiento, su renunciacion á la idolatría, y su resolucion á abrazar la fé de Jesucristo.

Los edificios que ocupan el fondo, sin embargo de las inconsecuencias que en ellos se observan con respecto al estilo de arquitectura, son en sí mismos objetos hermosos; son templos de divinidades paganas, cuyo culto idólatra está el apóstol condenando, y por tanto tienen una conexion inmediata con el asunto del carton. Estos edificios, por otra parte, así como las estatuas que la rodean, pueden ser considerados como un artificio, de que se valió el artista para caracterizar la ciudad de Atenas, madre de las artes, residencia del buen gusto, y emporio de riqueza y esplendor.

En todas las obras de Rafael, tanto en las partes principales como en las subordinadas, se percibe la inteligencia penetrante de este príncipe de los pintores; y los cartones entre todas sus obras publican con mayor enerjía la capacidad intelectual de su autor.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

II.

DON SANCHO RAMIREZ.

Lo primero que se presenta á la vista del viajero al descender desde la parte de Zaragoza al hermoso y pintoresco valle donde tiene Huesca su asiento, es la dilatada cordillera de los picineos, cuyo giro circular, elevadas cimas y estensas faldas forman de este país un caprichoso cuadro. Las dos gigantes sierras conocidas por las del *Salto de Roldán* (1), se levantan con actitud imponente y gravedad sombría sobre todos los escarpados y fragosos montes que

(1) Llámase así estas dos sierras por el portentoso salto que se dice vulgarmente dió Roldán de una á otra, huyendo á caballo de sus enemigos.

ciñen, al parecer, con estrecho lazo el territorio comprendido en el valle. Aquellos colosales promontorios tienen una historia que todo el mundo sabe, que la tradición guarda aunque la adultera, que dá importancia maravillosa á las incultas sendas de nuestra frontera, y sirve de entretenimiento y recreo al caminante que escucha por primera vez el portento de su fabula. En el seno de estas montañas fue donde halló abrigo el culto cristiano en la época aciaga de la conquista sarracena. Obligados los obispos á abandonar la ciudad, se retiraron con su gregú á este rústico santuario, para practicar en el sin obstáculos los ejercicios religiosos.

La antigüedad del culto cristiano en Huesca debe ser mucha, si atendemos al estado de esplendor e importancia con que estuvo en Zaragoza la religion de Jesucristo en los primeros siglos de la iglesia, y así es que en esta época ya produjo los vastagos hombreros (1) que ilustraron su nombre, y cuyas eminentes virtudes y piedad edificante fueron ejemplos vivos de perfecta santidad.

El origen de la sede episcopal de esta ciudad es tan antiguo, que con razon puede llamarse conmemorial. Nadie podrá determinar con certeza la época en que tuvo principio, y esto es tan cierto, que en la crónica general de España de Don Alonso el sabio se expresa como cosa segura, que Huesca era sede pontificia en tiempo de Constantino.

Las alterativas frecuentes de la guerra, y los trastornos del país con la ocupacion de los godos, arrojaron el ardiente zelo y la inalterable constancia de los sábios y distinguidos prelados que obtuvieron la mision santa de apaciguar el rebufo de los fieles.

La invasion de los árabes en la Península puso término á la dominacion de la dinastía gótica en ella. La entrada de estos crueles enemigos fue un torrente devastador y furioso que inundó nuestro suelo con una rapidéz increíble. En dos años conquistaron el terreno, que á los romanos y á los godos costara siglos el dominar.

Las ciudades mas distinguidas y respetables de España se rindieron sumisas á las fuentes falanges de los conquistadores, y despues de César augusta, que entró en poder de los moros el año 715, lo verificó Huesca, aunque sin sufrir los estremados rigores de tan feroz esclavitud. Fanáticos é intolerantes en punto á religion los vencedores, respetaron sin embargo en esta ciudad el culto del verdadero Dios, y aunque es cierto que la catedral fue convertida en mezquita, tambien lo es que la colegiata de S. Pedro (antigua iglesia que aun existe) se designó á los cristianos para celebrar en ella los misterios y oficios divinos.

Durante el dominio agareno tuvo Huesca varios reyes y gobernadores, cuyas hazañas, aventuras y proezas relatan profusamente las crónicas. El último de estos soberanos fue el célebre Abderramen II, que reinó desde antes de los años 1070 hasta los de 1096. La estension de su mando, el influjo de su carácter feroz, y el aparato brillante de su corte, le hacían en aquellos tiempos uno de los monarcas mas respetables de la Península. Había llegado á mayor elevacion quizá que ninguno de sus predecesores, y fue su prestijio tan conocido, que, segun se colige de Zurita en su historia, era un rey muy poderoso, cuyos estados considerables en aquella época nadie ignoraba. Reinó Abderramen en Huesca, y su estensa comarca, casi todo el tiempo que D. Sancho Ramirez en Aragon, cuyo reinado fue de 31 años, y estuvieron siempre en guerras.

Don Sancho Ramirez tenia las mejores dotes que pueden constituir á un monarca, y de consiguiente ejercia el

mayor influjo sobre sus vasallos. Activo, emprendedor y belicoso, sostuvo reñidas contiendas con los moros, y llevó en diversas ocasiones la desolacion y el estrago á los campos de Castilla. El celoso empeño de D. Sancho por conservar íntegros los derechos de su reino y conservar el lustre de sus armas, le impulsaba á emprender con frecuencia las jornadas mas arriesgadas, en las cuales de continuo la suerte le favorecía. Las treguas arregladas con el temido Abderramen despues de tantos años de guerra, le hicieron olvidar momentáneamente sus esforzadas pretensiones por el suelo del alto Aragon, y empeñado por otros lados en temerarias diferencias, ejercitaba á sus soldados en el arte difícil de saber vencer en medio de los peligros, y de los padecimientos. A sus dos hijos mayores D. Pedro y D. Alonso los educó entre el marcial estruendo de las armas, y al menor D. Ramiro, á quien destinara á la iglesia, despues que salió del monasterio de S. Ponce de Tomeras, á donde se habia criado, lo hizo abad de Sagunt, le otorgó luego en recompensa los obispados de Burgos y Pamplona, y últimamente el de Hoida.

Despues que D. Sancho hizo paces con el rey de Castilla, que seria por los años de 1080, libre de esta embarazosa atencion, volvió sus armas contra Abderramen, que habia violado traidoramente las treguas. En 1091 fue tan violenta la encarnizada lucha de los dos poderosos reyes, que al recordarla los historiadores la califican de cruel y desastrosa, pintándola con los colores mas sombríos é imponentes.

La tranquilidad aparente de los ánimos indignados con la dura esclavitud tuvo su término; los sufridos hijos de aquel oprimido país, oyeron el grito de independencia que les dirijieran sus hermanos los vasallos del rey de Aragon, desde el campamento donde celebraban sus victorias, y animosos y resueltos se levantaron en gran número uniéndose al caudillo cristiano unos, y favoreciendo otros sus planes, encubiertos entre los enemigos. Las filas de D. Sancho se acrecieron considerablemente con el refuerzo de los descontentos; el trastorno y desorden de los contrarios se aumentó á proporcion que el ejército aragonés se organizaba y robustecía; en estos era ardiente entusiasmo lo que en los otros deber imperioso de la propia defensa para guardar el país que habian usurpado, y así es que aunque Abderramen era rey opulento y guerrero de gran valor y pericia, llevó la peor de la contienda, y sus armas vencidas cedieron el terreno á los que lo reconquistaban. La posicion suya era mas ventajosa que la de D. Sancho, no solo por hallarse dueño de los sitios mas dominantes y seguros del país, sino tambien por estar confederado con los reyes moros sus comarenos y con el de Castilla; pero á pesar de esto, las huestes aragonesas siguieron afortunada y valerosamente la empezada obra de su restauracion, y consiguieron ganar á los enemigos un número crecido de pueblos y ciudades.

Previsor y entendido D. Sancho en la clase de guerra que seguía con tan buenos resultados; queriendo asegurar su éxito estrechando mas el círculo á que habian quedado reducidos los sarracenos, y conociendo prácticamente la excelencia topográfica de las sierras que debia ocupar, reedificó prestamente los castillos de Marcuello, Loharre y Alquezar, situados en las verticales de las montañas, y construyó el fuerte de Monte-aragon, distante una legua de Huesca, que fue despues suntuoso monasterio, y cuyo gallardo edificio se halla en el día abandonado y ruinoso.

Dueños ya los aragoneses de la mayor parte de los pueblos que formaban la comarca de Huesca, determinó Don Sancho poner cerco á esta, contando con el esfuerzo activo de sus soldados, y así lo verificó el año 1094, asediando la ciudad con toda la gente de guerra que pudo

(1) Fueron hijos de esta ciudad S. Orenio, Sta. Paciencia, S. Lorenzo y S. Vicente mártires, y S. Orenio Obispo.

juntar en Aragón y Navarra. Los moros se aprestaron á la defensa con decisión y arrogancia, y el magnánimo D. Sancho sentó sus reales á la vista de los sitiados muros. Los ataques de los aragoneses fueron violentos y repetidos, pero la defensa de los infieles era también tenaz y resuelta.

En medio de estos preliminares belicosos é inciertos de la ruina del agareno, un acontecimiento funesto vino á turbar la esperanzada alegría del aragonés campamento, á cubrir de luto el pecho de todos sus soldados, y hasta á desmayar su ánimo, si fueran capaces de perderle. Impaciente y ganosa D. Sancho de adelantar por momentos en los trámites de su gloriosa empresa, paseaba con frecuencia el campo de su ejército para sostener el espíritu esforzado de sus tropas, reconocía de cerca los muros imponentes de la ciudad, y situado muchas veces en una altura que hay inmediata á esta, dictaba desde allí sus órdenes y acertadas disposiciones. Estando un día observando desde dicha montaña las murallas de Huesca, vestido completamente con su traje guerrero, á pesar de llevar guarnecido su cuerpo de una fuerte armadura, al levantar el brazo para mostrar á los suyos la parte mas débil de la ciudad, vino de ella una saeta, con tal destreza ó casualidad disparada, que entrando por la escotadura de la loriga le pasó el costado. D. Sancho no desconoció que la herida que habia recibido era mortal; mas con su corazón alentado disimuló el riesgo por no desanimar á su gente. Fue retirado á sus reales con grave esposicion y trabajo, y habiendo tomado juramento á sus dos hijos D. Pedro y D. Alonso, y á los ricos hombres, de que no levantarían el asedio hasta rendir la ciudad, descubrió la herida, y al sacarle de ella la saeta espiró, en el día 4 de junio del año ya expresado 1054. Su cuerpo se trasladó á Monte-aragon con grande respeto y amargas lágrimas de los que fueron sus vasallos, y estuvo despues largo tiempo depositado en la sacristía de este monasterio, á la espalda de su altar mayor, alumbrándose de continuo una lámpara, hasta que fue llevado al convento de S. Juan de la Peña á la sepultura de sus mayores.

El animoso D. Pedro I, digno sucesor de su padre Don Sancho, no desmayó en la empresa que este le dejara confiada, y decidido á cumplir el juramento que le hiciera á la última hora, continuó el penoso y difícil asedio que con vicisitudes continuas, obstáculos frecuentes y varia fortuna duró sobrado tiempo. Con encuentros parciales, pequeñas escaramuzas y amagos de asalto, pasaron muchos meses, sin que el constante y altivo Don Pedro desistiera de su noble empeño, hasta que ganada por sus tropas la memorable y gloriosa batalla de Alcaraz, coronó la suerte sus honorosos esfuerzos. Ocurrió esta jornada el día 25 de noviembre de 1096, y dos dias despues se rindió la ciudad, entrando triunfante en ella el rey de Aragón. La llanura donde se verificó este sangriento combate, está á la inmediación de los muros de Huesca, y es fama que la manzana que hubo en él de moros, fue increíble y asombrosa.

Así terminó la dominacion agarena en el suelo de la antigua Osca. Derramados en desorden por el montuoso país los restos de los batidos enemigos, fueron unos esterminados con las armas, y otros se acogieron á la piedad del generoso vencedor.

JUAN GUILLÉN BUZARÁN.

EL COFRE MISTERIOSO

DEL REY GUSTAVO DE SUECIA.

(Conclusión. Véase el número anterior.)

Los ojos del rey nada habian perdido de su expresión, y sus serenas facciones mostraban su triunfo sobre el dolor. Aunque su desgracia fue terrible y repentina, no perdió con todo su presencia de ánimo, y parecia mas afectado de las lágrimas que corrían por las mejillas de sus antiguos compañeros de armas, que de el fatal golpe que iba bien pronto á terminar su existencia. A medida que sobian la escalera (los que conducian al monarca, levantó este la cabeza como para enterarse del magestuoso espectáculo, del cual formaba él mismo el objeto principal. Cuando llegó á la gran galería que estaba al mismo piso que su habitación, hizo señal con la mano para que le dejaran reposar un momento, y dirigiendo las miradas á cuanto le rodeaba, dijo al baron de Arnfelt, que no podia contener sus sollozos. — "¿No es verdad que es muy extraño el haberme precipitado á caer en manos de mi fatal destino, despues de los avisos que me habian dado? Mi corazón me anunciaba una desgracia; yo fui al baile sin querer, y como atrastrado por una mano invisible."

Despues de una corta pausa, siguió diciendo. — "Quizá no ha llegado mi hora. No estoy á la verdad causado de vivir; pero no me aterra la muerte: si vivo vereis combajo de nuevo y ligeramente esa escalera; y sino, la primera vez que me conducirán por ella, será para ir á la tumba de Gustavo, en la iglesia de Riddarholm."

El rey hablaba con lentitud y en voz baja; el silencio que á esto siguió fue terrible; todos estaban ansiosos por examinar sus miradas, y no perder al propio tiempo cualquiera de las palabras que profería; las lágrimas corrían en abundancia, y hubo personas que con la mano derecha sujetaban una antorcha, y con la izquierda llevaban un pañuelo á los ojos, para ocultar lo excesivo de su emoción. Solo Gustavo era el mas tranquilo de cuantos actores representaban la escena.

Hizo señal á los que le llevaban de avanzar. Las puertas de dos hojas del gran salon se abrieron de par en par, y se cerraron luego que entró S. M. con las personas de su séquito y de su mayor intimidad. El triste cortejo atravesó por varias piezas, hasta que llegó á la alcoba, donde hizo parada, y el rey fue trasladado desde la camilla al lecho, del cual ya no se levantó mas.

Despues que Gustavo disfrutó un par de horas de reposo, se empenó, á pesar de las órdenes de los facultativos, en que el baron de Arnfelt le leyese la lista de las personas que habian concurrido al baile. Cada vez que el conde pronunciaba un nombre que inspiraba la menor sospecha al rey, le señalaba con un lápiz. Repentinamente le preguntó el rey. — "Decidme, mi querido Arnfelt, por casualidad el nombre de Aukarstroem se encuentra ahí? — Con efecto, respondió el baron, y se halla al último de la lista. Al oír esto Gustavo tomó un aire sombrío, meneó la cabeza, y dijo: — "Un presentimiento me anuncia que este hombre ha sido mi asesino."

Aun antes de apuntar el dia, la noticia del asesinato del rey estaba ya difundida por todos los barrios de Stockolmo. La sensacion que esto causó en el pueblo fue estremada, y el dolor y consternacion general en todos; y es preciso decir en honor de los suecos, que dieron en esa ocasion los testimonios mas sinceros de sentimiento por la suerte del monarca, y de cólera é indignacion respecto á sus asesinos.

Cuando posteriormente se supo que Aukarstroem habia cargado su pistola con clavos enmohecidos, para hacer la herida de todo punto incurable aun en el caso que no acertase á matar al rey al primer golpe, el pueblo en su exasperacion pidió que le fuese entregado el monstruo, para despedazar su cuerpo y así satisfacer su venganza.

Mientras tenia lugar todo lo referido, algunos nobles de la oposicion y el partido revolucionario, instaban al duque Carlos de Sudermania, hermano de Gustavo, para que convocase una dieta extraordinaria, ofreciéndole la corona, y el privar al príncipe real de sus derechos, con tal de cambiar la constitucion, y renunciar las prerogativas que en 1772 habian sido concedidas á la corona. Gustavo tuvo noticia de esta trama, y mandó buscar á su hermano Carlos. En el momento que este se presentó, le dirigió una solemne y patética exhortacion, aunque con inarticulados acentos, á tal punto le habian reducido las violentas emociones que desgarraban su corazon! El duque se aproximó á su angosto hermano con las señales mas profundas de respeto y compasion: le cogió una mano, que fue bañada con sus lágrimas, y prometió sin restricción alguna cuanto Gustavo exigió de él.

El partido oligárquico y revolucionario no perdía tiempo. Tuvo una asamblea, en la que fue resuelta la cesacion de hostilidades contra la Francia, la reduccion del ejército, y desarme de la flota. El estado de los ánimos obligó á creer conveniente el sacrificio de uno de los conspiradores, y Aukarstroem fue condenado y padeció el último suplicio, aunque sus bienes no fueron confiscados. Los demas culpables eran tan solamente sentenciados á un destierro.

El duque manifestó estas condiciones á su hermano moribundo, de las cuales algunas fueron bien tristes para él, sobre todas, la que hacia referencia á la neutralidad que debía guardar la Suecia, en lugar de la guerra que él habia proyectado. En cuanto al perdón de los conspiradores, fue al punto concedido, con una generosidad digna de su grande alma, y á no mediar las instancias del conde de Wachtmeister y de otros jefes superiores, él hubiera extendido esa gracia hasta la persona misma de su asesino Aukarstroem.

Los condes de Brahe y de Fersen se trasladaron cerca de la real persona, cuya sola presencia infundia el mayor respeto. Gustavo les dirigió la palabra con la mayor bondad. Aun tendido en su lecho de muerte nada habia perdido de su amabilidad y cortesania. Estos señores le prometieron bajo su palabra de honor y del modo mas solemne, que rechazarían con todo su poder cualquier tentativa que tuviese por objeto la esclusión del trono del príncipe real; y tanto mas se inclinaron á seguir este rumbo, cuanto que aun ellos mismos temian las consecuencias del espíritu revolucionario que principiaba á estenderse en Suecia, y sospechaban que si la sucesion del príncipe real ofreciese dificultades, quizá podría seguirse la abolición de la misma aristocracia, para levantar sobre las ruinas del trono y la nobleza un gobierno republicano.

Por lo que hace á Gustavo, les contestó que no se equivocaba sobre el origen y naturaleza del complot que le costaba la vida, y lanzando en seguida una escudriñadora mirada sobre los señores que estaban cerca de él, con bastante animacion les dijo: — Tendréis gusto el saber lo que Brisot dirá de mi muerte. — Palabras que no tuvieron respuesta alguna de parte de los asistentes, y si solo en ellos produjeron un secreto movimiento de vergüenza, que les hizo bajar la vista.

En medio de estos tormentos que de hora en hora se acrecentaban, Gustavo trató del arreglo de sus negocios, en el gardo que su espurada situacion le permitia. Una gran cantidad de papeles, que atendiendo al profunda misterio

que les ha envuelto, han producido tanto en Suecia como en los países extranjeros conjeturas tan diversas, fueron cuidadosamente empaquetados y sellados con el sello real. Los paquetes se encerraron en una arqueta de hierro, que se colocó en un velador á la cabecera del monarca moribundo. El mismo duque Carlos fue el que practicó esta operacion á presencia del rey.

El cofre misterioso tenia 3 cerraduras y otras tantas llaves. Gustavo entregó una al Duque, otra al canceller conde de Wachtmeister, y la tercera al Arzobispo de Upsal. Cada uno de estos ilustres personajes puso su sello por encima del agujero de la cerradura, cuya llave poscia. En seguida el cofre se encerró en otro, á fin de preservarle del fuego, y despues el rey mandó solememente que no se abriese sino pasados cincuenta años despues de su muerte; ordenando que en este intervalo estuviese depositado en la universidad de Upsal, bajo la guarda del canceller. Mas tarde este depósito fue colocado en la Biblioteca de la misma universidad. El definitivo arreglo de este negocio parece que tuvo una funesta influencia sobre el estado del monarca, pues se encontró mucho peor desde el punto que todo fue terminado.

Todas las personas que acompañaban á Gustavo se admiraron de que no admitiese al príncipe real á su presencia. Este no cesaba de informarse por minutos, y de la manera mas tierna, del motivo de su esclusión, y el sentimiento que por esto tenia era, á la verdad, profundo y sincero. Aun mas, si la misma reina habia podido obtener la entrada en la cámara real, pues era de temer que la violencia de su dolor no turbase el reposo del que, sobre todo, tenia necesidad el enfermo.

Los cirujanos, á pesar de todos sus conocimientos, no pudieron extraer los clavos de yerro que habian penetrado en el cuerpo, y con esfuerzos inútiles hicieron sufrir al rey los mas horribles tormentos. El 28 á la madrugada los síntomas de gangrena se presentaron bajo el carácter mas alarmante. Ciertas manchas lividas aparecieron sobre las ingles del monarca, cuyo rostro, y aun la voz, habian sufrido notablemente alteracion. El Chamberlan Benzelstjerna fue encargado de la triste misión de decir al rey que su situacion era desesperada, y no prometia la menor esperanza de vida. El delirio sobrevino. Hacia el medio dia pareció que volvía en su acuerdo, y los padecimientos de Gustavo eran menos agudos. En estos momentos pidió el ver á su hermano. Este se aproxima al lecho, se arrodilla, y el exceso de su dolor, acreditado por un torrente de lágrimas, le impedia el pronunciar una sola palabra. Cuantas personas se hallaban en la alcoba, se alejaron para no turbar la última despedida de los dos hermanos, pues así se lo rogó el rey, quien permaneció solo con el duque por espacio de una hora poco mas. Habiendo pasado este tiempo, volvió á entrar los médicos, suplicaron al duque que se retirase, pues la excesiva emocion que el monarca sentia, no podia menos de aumentar sus padecimientos, y más y mas apresurar su última hora.

Por la tarde gozó un poco de calma. El capellan estaba á la cabecera de su lecho, y no perdonaba medio para dar algun consuelo y esperanza al moribundo, á quien se le propuso el ópio en fuertes dosis para calmar en algun tanto sus dolores, lo que no fue bastante para que en algunos momentos los sintiese agudísimos. La última noche debió parecerle un siglo de tormentos.

En la madrugada del 29 recibió los sacramentos, según el rito de la Iglesia Luterana. Pasada esta ceremonia, entró la reina en su alcoba; ¿Qué espectáculo se ofreció á su vista! un príncipe bien formado, y cuyo físico era un modelo de perfeccion, se hallaba pálido, livido, y tendido en su lecho de muerte.

Aunque la reina estuviese prevenida del cambio fatal que iba á encontrar en su esposo, al verle no pudo menos de dar un grito de horror, y cayera al suelo, si el duque Carlos no la hubiera sostenido, y colocado sobre un sofá, donde la cogió un desmayo. Cuando recobró sus sentidos, el rey la hizo señal para que se acercase, y por otra, mandó alejar los asistentes. Se ignora cuanto pasó en esta entrevista, que no duró largo tiempo. El duque condujo á la reina á su habitación, un velo espeso ocultaba su rostro, pero sus sollozos, la agitacion de su seno, y sus mal seguros pasos, indicaban con exceso el dolor acerbo de que era presa su alma.

Esa entrevista apresuró sin duda alguna la muerte de Gustavo, que no habló mas despues que se fue su esposa. Su respiracion se hizo cada vez mas anhelosa, y antes de una hora exhaló el último suspiro, en medio de los mas crueles tormentos. Fueron testigos de sus últimos momentos su primer capellan, el tercer médico, y M. Bouzeltzerina, que estaban de rodillas á los pies de su cama. El pastor, levantando sus ojos al cielo, exclamó con la mayor emocion. — "¡Gracias al cielo! acabaron ya sus sufrimientos: que su alma repose en eterna paz!" — El Chambelan y el médico respondieron á una voz y con acento solemne: "Amen." "Amen."

Tales fueron los últimos instantes de un célebre monarca, que no cedió en valor á ninguno de sus predecesores, y que fue sin disputa el mas amable y mas ilustrado que haya jamás ocupado el trono de Suecia.

En Europa, y sobre todo en París, su muerte produjo una sensacion extraordinaria. El emperador Leopoldo acababa de fallecer súbitamente. El partido dominante en Francia no vió en la falta de ambos soberanos, sino el cambio mas dichoso y favorable á los progresos de la nacion revolucion, la que parecia tener el mágico poder de desembarazarse de las testas coronadas, que mas enérgicamente se declaraban contra ella, antes que aquellas pudiesen reprimirlo en los campos de batalla. Los realistas sintieron, como era de suponer, la muerte del rey de Suecia, y decian: — "Un vacío mas en el Norte."

El 30 de marzo de este año es cuando se ha debido proceder en Upsal á la apertura de ese cofre misterioso, en el que Gustavo III antes de espirar, encerró, segun acabamos de decir, los papeles que contenian un secreto de la mas alta importancia, y cuyo descubrimiento para nosotros está muy próximo. Los enemigos de este príncipe, encarnizados contra su memoria, han estendido la voz, que el cofre contiene el misterio que envuelve el nacimiento del desgraciado Gustavo (Adolfo), destronado en 1809.

Esta calumnia se destruye por sí misma, ya por los rasgos, ya por el carácter de el mismo Gustavo Adolfo, conocido despues bajo el título de *conde de Goltorp*, y que tan noblemente la soportado su infortunio. Si toda Europa ha podido juzgar la notable semejanza que existia entre el carácter de este príncipe y el de Carlos XII, los que han tenido el honor de aproximarse á aquel, habrán notado ademas, cuánto se parecen ambos en las facciones del rostro. Esta doble conformidad hubiera sido sorprendente en un extranjero.

Así se espera ver destruida por las revelaciones que contiene el cofre de Upsal, una calumnia que desde hace 50 años se ha querido acreditar; la cual, es preciso decirlo, no la encontrada sino incrédulos. Sea de esto lo que quiera, la Europa aguarda con impaciencia la divulgacion del secreto que Gustavo no quiso encerrar en la tumba, donde le hicieron descender sus asesinos.

NOTA: Los periódicos sucos han publicado en efecto el resultado de la apertura de esta caja misteriosa, verificada el 29 de marzo último, en estos términos:

"El 29 de marzo se ha verificado en Upsal la apertura de las cajas, que, segun las órdenes de Gustavo III, debian permanecer cerradas hasta 50 años despues de su muerte. La curiosidad pública se habia prometido maravillas de esta apertura; pero se ha visto defraudada de una manera bien estraña.

La mas grande de las dos cajas no contiene mas que un saco sellado, colocado allí cuando el viaje del rey á Italia en 1783. Tenia ademas esta inscripcion: "Todos los papeles que estén marcados con una cruz, ó designados bajo el título de papeles de francmasoneria, no podrán ser abiertos, sino por el rey reinante de mi dinastia." (De consiguiente no se halla en este caso, ni Carlos XIV, que reina actualmente, ni el príncipe Gustavo Vasa.) Contiene en segundo lugar varias cartas y papeles de 1780: la correspondencia del rey cuando su viaje á Spá en dicho año: tercero papeles del viaje á Finlandia en 1783: cuarto, un plan para la defensa del pais: papeles del consejero de Estado Lieven; y otros muchos manuscritos que podrán tal vez servir para un volumen de memorias de la corte de Suecia; pero que á juzgarlos por el título, ofrecerán muy corto interés histórico.

En la caja pequeña no se ha encontrado mas que un saco lleno de cartas, de disparbos, y otros papeles, entre los cuales se encuentra el plan de la ópera *Gustavo Vasa*, obra del rey, con su prólogo.

POESIAS

DE DON FRANCISCO GONZALEZ ELIPE (1).

Bajo los auspicios del Liceo artístico literario de esta Corte, acaban de publicarse coleccionadas en un tomo las poesias del Sr. Gonzalez Elipe, uno de sus sócios.

Nuestros lectores no podrán menos de recordar varias de estas composiciones, que ya anteriormente les hemos dado á conocer; tales son las tituladas: *Aviso á los Albeitares*, *El poder del dinero* y otras, publicadas hace tiempo en el SEMANARIO. Hoy nos permitimos la insercion de la que lleva por epigrafe *Una audiencia*, y por ella y las ya dichas podrán venir en conocimiento del género peculiar que cultiva el Sr. Elipe; género en que tan difícil es el acierto, quanto fácil y sencillo parece á los que le ven. En este punto damos el parabien al autor, por apartarse de la senda lacrimosa y metafísica de la poesia contemporánea, y únicamente desearíamos que meditando con asiduidad en los buenos modelos que en este punto presentan nuestros antiguos poetas, haga desaparecer de sus futuras composiciones, cierta redundancia en la expresion, algun atrevimiento poco prudente, que á veces vienen á hacer dudar á su buen estilo general.

UNA AUDIENCIA

Como silencioso espiá,
sentado en un banco verde
do la paciencia se pierdo,
estaba yo cierto dia,
De aquellos grandes escanos

(1) Un tomo en 8.^o marquilla. Véndese en la portería del Liceo, y en el Gabinete literario, calle del Príncipe, á 12 reales.

verde es el color sin duda
para que la gente acuda
á recibir desengaños.

En el asiento á que aludo
como en él me senté apostá,
me propuse á toda costa
ver, oír, y hacer el mudo.

Desde allí via una mesa,
tres mamparas, dos tinteros,
un pupitre, seis porteros
y por brasero una artesa.

A juzgar por el carbon
que en el tal brasero ardía,
bien poca es la economía
que tiene allí la nación.

En los bancos de los ladós
divisé varios señores,
chicos, medianos, mayores,
unos de pié, otros sentados.

Inferí lógicamente,
por lo que llegué á entender,
que iba al instante á tener
una audiencia aquella gente.

Suena un coche: álzanse todos;
y al gritar con diligencia
un portero, «Su excelencia,»
forman muralla de codos.

Que la prontitud es sola
para conseguir buen puesto,
y el que allí es torpe ó modesto
todo el día come cola.

Diez minutos pasarían
cuando un gran campanillazo
anunció llegado el plazo
de la audiencia que querían;

y abriéndose una mampara
con prontitud y fragor,
salió el portero mayor
á lucir su linda cara.

Cual despedida saeta
salió á mostrar con afán
su cara de cordován,
ó mas bien diré haqueta.

«Dos filas: orden, prudencia,
que aquí ruido no se mete,»
dijo el ministro corchete
al comenzarse la audiencia.

«Pase usted, que á usted le toca,
Don Luis Co-me Sisebuto;»
y entró Don Cosme de Jato
abriendo un palmo de boca.

—Beso á Vucencia la mano:
díjole el hambre ambulante.
Hoy señor en este instante
he perdido á un buen hermano.

—Qué dice usted! — Que es muy cierto.

—Pues cómo?... — Por no tener
ni el ni yo con que comer,
el fué mas débil y ha muerto.

Y de dolor traspasado
tengo humilde á suplicar,
que se me mande pagar
lo que gané de empleado.

Estoy muy pobre, he sufrido
de fortuna mil reveses,
y despues de treinta meses
ni un real solo he percibido.

—No hay un cuarto en el erario.

—Señor.... — Que espera la gente;
yo le tendré á usted presente.

—Por la virgen del Rosario!...

—Que pesadez! — Media paga:
para comer hoy siquiera,
que el hambre no tiene espera.

—Es nulo cuanto yo haga.

—Como ha de ser! Fué diciendo
al retirarse Don Luis;
tan sólo en este país
podrían verme muriendo....

—Para servir á Vucencia,
dijo á poco Don Damian,

forrado en un barragan
por respecto á la decencia.

Hasta cuándo, señor mio,
he de andar que voy, que vengo,
con la justicia que tengo
haga calor ó haga frio?

Es cosa de atrevesar
cada día esa plazuela,
que rompe toda la suela
que se puede uno calzar?

Señor, yo he sido depuesto
de mi destino de rentas,
por haber dado mis cuentas
faltando un pequeño resto.

El resto le cobré ya:
lo pondré en tesorería;
pero tanta felonía
sin castigo á quedar vá?

—Que quiere usted que haga en eso?

—Así Vucencia me habla?
Dar orden á raja tabla
para que le pongan preso.
Que me resarza los daños
de mi ida á Valladolid:

de haber venido á Madrid
debiendo estar en los baños.
Y el viage á Sacedon
ha de abonarme tambien;

Vucencia así obrará bien,
por ser conforme á razon.
—Tanto pide usted.... — Bien poco
es lo que á Vucencia exijo.

Pudiera ser mas prolijo
sin estar por eso loco.
He servido dignamente
cincuenta años en hacienda:

y entienda, Vucencia, entienda
que entré á servir de escribiente.
A puertas fui destinado
por el Príncipe Godoy,

y á fé de Damian que soy
cumpli como un empleado.
Fui tambien provisionista
de las tropas de Castaños,

y otros tres ó cuatro años....
—Ay jesús! No hay quien me asista?

—Llegó la Constitución,
y entre costales y harinas,
me echaron á Filipinas
por una equivocacion.

Despues volví; ya se vé,
y como estaba inocente,
manifesté claramente
lo injusto que aquello fué.

—Está muy bien. — No señor.

—Véngase usted otro día.

—Hacerle esta picardía
á todo un interventor!

—Será el primer espediente....

—Que papel ni calabaza;
sino se formó ni hay traza,
como ha de hallarse corriente?

—Pues será usted colocado
en un destino de ascenso.

(Este es loco segun pienso,
bastante ha sido empleado.)

—Muy felices, Fernandito,
díjole al que entró despues.

Vuestro nombramiento es
este que tengo aqui escrito.

—Me bajo del tilburí
y me aguarda mi lacayo.

He venido como un rayo
para irme al punto de aquí.

Y bien, el destino mib?

—La intendencia de Sevilla.
—Ese destino me humilla;
es poco, segun mi tío.
—Pues que señale el que quiere
con toda sinceridad,
que haré que su Magestad

deje al que lo ocupe fuera.
 Yo quiero al Duque servir
 en cuanto á poder alcance.
 —Mil gracias.—A todo trance.
 —Agur; se lo iré á decir.
 Y con la fusta en la mano
 y sonando las espuelas,
 iba que echaba las muelas
 el agreste cortesano....
 —Buenos días....—Adelante.
 —Soy Doña Inés Gúmersinda....
 (Era una chica muy linda,
 blanca, jóven, incitante.)
 Que vengo á ver á Vucencia....
 —Deje usted el tratamiento.
 Tome usted señora asiento
 aunque se alargue la audiencia.
 —Con el fin de qué me diga
 si es cosa que puedé ser....
 —Todo lo sabré vencer
 para que usted lo consiga.
 —Darne alguna habitacion
 en suprimido convento.
 —Aunque usted pidiera ciento
 segun la Constitución.
 Será usted huérfana, no?
 —Soy hija de un capitán.
 —A las sargentas se dan,
 como he de negarme yo....
 Diga usted Gúmersindita....
 Acérquese usted, señora,
 que nadie ha de entrar ahora.
 Podré hacerla una visita?
 —Ay señor, tanto favor
 no podía yo esperar....
 —Yo soy el particular
 que recibirá ese honor.
 El número y calle, cuál?...
 —El número tres, y vivo
 en la calle del Olivo
 en un cuarto principal.
 —Y la hora mas segura....
 —Me marcho ya.... á las tres....
 —Hora de despacho es...
 pero la Nación no apura...
 Y por seguirla se afana
 con el alma y con la vista.
 No hay ministro que resista
 á una buena ciudadana....
 Entró despues un patriota
 que gran vigote disfruta,
 aire noble, cara enjuta,
 con la pierna izquierda rota.
 A! decir rota, es seguro
 que no le iría colgando,
 sino que el hombre iba andando
 en una de palo puro:
 —Estoy de venir cansado,
 hoy dos veces, una anoche;
 y para un cojo sin coche
 esto es ya demasiado.
 —Y qué quiere usted?—Volver
 á mi destino anterior.
 —Cuál era?—Administrador....
 —Me acuerdo. No puede ser.
 —No hay mas que quitar empleos
 sin respeto á la justicia,
 mérito hallando y pericia
 por dar gusto á los deseos?
 Los años que he consagrado
 de servicio á la Nación,
 por ventura es la razon
 con que usted me lo ha quitado?
 —Que quiere usted que yo diga?
 Soy ministro, eso es verdad,
 mas quiere su Magestad
 que otro el destino consiga.
 —Su Magestad!... ya lo creo:
 buscaré mas desengaños!
 Una niña de ocho años
 irá á quitarme el empleo?

—Váyase de aquí.—Ya voy.
 —Pronto, al instante, ligero.
 —Despacio, señor....—Portero,
 que nadie mas me entre hoy.
 «¿No hay mas audiencia?» fué el grito
 de tantos allí esperando;
 «no hay mas» repitió cerrando
 aquel portero maldito.
 Cada cual su maldicion
 echó sin causarle empacho
 al ministro, á su despacho,
 y aun á la Constitución.
 No se puede esto sufrir,
 señores, decian todos:
 ¿han visto ustedes que modos
 tan bruscos de recibir?
 Todos tienen que aguantar,
 digo yo, que causa tienen
 pues porque van y vienen,
 otros por tanto escuchar.
 En fin, si vale el severo
 voto de estrecha conciencia,
 iba yo antes que á una audiencia
 á presidio un año entero.
 Que toda esta algarabía
 sentada en un banco verde
 de la paciencia se pierda,
 estuve viendo yo un día.

FRANCISCO GONZALEZ ELIFE.



ADVERTENCIA.

Los dos jueves últimos 21 y 28 de abril, se ha repartido á los suscritores las entregas 7.^a y 8.^a de la obra titulada: ESCENAS MADRILEÑAS por el Curioso Parlante, con los cuales queda concluido el tomo 2.^o Dichas entregas contienen los artículos siguientes:

El primer día en París.—La vuelta de París.—El Diario de Madrid.—La procesion del Corpus.—Paseo por las calles.—El patio del Correo.—Las casas de baños.—El sombrerito y la mantilla.—A prima noche.—Acompañan dos láminas á los artículos *La procesion del Corpus*, y *El sombrerito y la mantilla*.

Continua abierta la suscripcion á esta obra (que quedará terminada en Junio), en las librerías de Cuesta, calle Mayor; Rios, calle de Carretas; y Europea, calle de la Montera; á 4 reales entrega y 16 por tomos; y en las provincias en todos los puntos donde se suscribe al SEMANARIO, á razon de 20 reales tomo franco de porte. Los señores suscritores al SEMANARIO que lo sean tambien á esta obra, pagarán solo quince entregas, recibiendo gratis las restantes de que conste.